

Paloma Sánchez-Garnica



Últimos días en Berlín

Finalista Premio Planeta

2021

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2021, Paloma Sánchez-Garnica
Autora representada por DOSPASSOS Agencia Literaria

© 2021, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición impresa en España: noviembre de 2021
ISBN: 978-84-08-24985-6

Primera edición impresa en México: noviembre de 2021
ISBN: 978-607-07-8312-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México –*Printed in Mexico*

Petrogrado (antigua San Petersburgo), 1921

Desconfío especialmente de un ruso cuando tiene el poder en sus manos. Esclavo no hace mucho tiempo, se vuelve el déspota más incontrolado cuando tiene la oportunidad de convertirse en señor de su prójimo.

MAKSIM GORKI

I

Miguel Santacruz había llegado a la hermosa ciudad de San Petersburgo en la primavera de 1906 para incorporarse como agregado de negocios en la embajada de España en la Rusia zarista. Conoció a Verónika Olégovna Filátova en una de las magníficas recepciones que organizaba el embajador, fiestas en las que no se escatimaban gastos ni fastos, en las que corrían el caviar, los mejores vinos, el champán francés, exquisitices ofrecidas a invitados de gala que disfrutaban del lujo y la vida. La belleza de Verónika deslumbró a Miguel nada más verla: alta, esbelta, su cuello era largo como el de un cisne, la piel blanca nacarada, los ojos grises, muy claros, grandes, rasgados, de mirada brillante; era alegre y vital, de sus labios ema-

naba una sonrisa serena, plácida, contagiosa. Tenía diecisiete años y era la única hija de un próspero comerciante de Rostov del Don, que se había instalado en San Petersburgo decidido a ofrecer a la joven una exquisita educación, además de la oportunidad de codearse con la alta sociedad.

El padre de Verónika, Oleg Borísovich, simpatizaba con las ideas del partido liberal ruso, que pretendía más libertad y una constitución como base para desarrollar un sistema parlamentario similar al de Occidente; aunque lo suyo no era la política, sino la economía. Se pasaba grandes temporadas lejos de su esposa e hija, atendiendo sus negocios. La madre, Olga Ivánovna, era una mujer inteligente, amante de la música y de los libros, dedicada en cuerpo y alma al cuidado y educación de la joven Verónika, para la que había que elegir un buen marido acorde a su categoría social. Por eso le había costado aceptar el interés que Miguel Santacruz mostró hacia su hija; un extranjero diez años mayor que ella que, en su opinión, estaba de paso en Rusia y con toda seguridad se marcharía a otro lugar del mundo, rompiendo la unidad de la familia, alejando de su lado a su hija y sus futuros nietos. Sin embargo, el amor que la pareja se profesó desde el principio había aplastado todas sus reticencias.

Al cabo de un año, Miguel y Verónika contrajeron matrimonio. Nueve meses después nació Yuri, al que siguió con un espacio de apenas un año Nikolái, a quien llamaban Kolia. En la primavera de 1914 llegó al mundo la tan ansiada niña, a la que pusieron el nombre de Ekaterina, Katia para todos.

Al igual que había hecho su madre, Verónika consagró su vida al cuidado de sus hijos. Yuri y Kolia se llevaban muy bien entre ellos, compartían juegos y el gusto por la música, las artes y la lectura y el aprendizaje de otros idiomas. Además de ruso y español, los dos hermanos aprendieron casi a la perfección francés y alemán. Verónika estaba dotada de una voz de-

liciosa, potente y dulce a la vez. Solía cantar a coro con sus hijos *Kalinka*, la canción favorita de los niños; los tres cantaban y bailaban en el gran salón de la casa, disfrutando una vida llena de felicidad.

La única que no siguió el ritmo de instrucción y aprendizaje materno fue Katia. No le gustaba la música, ni la lectura; se pasaba el día entretenida con una preciosa casa de muñecas que le había regalado su abuelo materno. Desde su nacimiento se convirtió en la debilidad de su padre, el ojito derecho a quien consentía todo aquello que le pedía.

Verónika quedó embarazada de nuevo cuando Yuri tenía ocho años. Sasha llegó al mundo en una noche de perros de febrero de 1917, azotada la ciudad por una fuerte ventisca ártica, en uno de los inviernos más fríos que se recordaban y en un país en guerra desde el verano de 1914. Aquel mismo mes estalló la revolución del pan promovida en su mayor parte por mujeres hartas de la escasez y el alza de los precios a causa de la acumulación mezquina de los harineros, revuelta que unos meses más tarde llevaría al colapso al régimen zarista. El parto resultó largo y complicado, y cuando Verónika Olégovna vio por primera vez la cara de su recién nacido, tuvo un mal presentimiento. No andaba desencaminada en los malos augurios porque, a partir de aquel momento, la apacible vida que hasta entonces habían conocido empezó a desmoronarse como un enorme castillo de naipes.

Un año después, en el primer cumpleaños de Sasha, las cosas habían cambiado tanto para la familia Santacruz que a Verónika le parecía que hubiera transcurrido un siglo. El desorden y la anarquía comenzaban a apoderarse de todo y de todos. La revolución bolchevique, que había estallado en octubre de 1917, se extendía caótica en una sociedad carente de ley y de orden. Los disparos por las calles y las pedradas arrojadas contra las ventanas del piso en el que vivía la familia Santacruz fueron los primeros avisos, seguidos de una escala-

da de saqueos, robos, destrozos y sobre todo miedo, un miedo que se fue incrustando en cada poro de la piel, en cada latido, en cada respiración de un aire viciado por una maldad desatada.

Los Santacruz residían en el primer piso de un edificio señorial de techos altos, habitaciones espaciosas, limpias y luminosas, con un gran salón exquisitamente decorado con muebles de maderas nobles y ricas telas, en cuyo centro destacaba un espectacular piano Bechstein; la casa disponía de instalación eléctrica y agua corriente, lo que les permitía tener un baño completo muy amplio con una bañera, lavabo doble y váter.

Como consecuencia del decreto de abolición de la propiedad privada, se instauró en el edificio la política de los *kommunalki*, y las casas particulares se convirtieron en apartamentos comunitarios. Desde entonces un grupo de gentes de aspecto mísero provenientes de suburbios y aldeas, dirigidos por un comité de vecinos, se distribuyó por cada una de las diez habitaciones, excepto las dos que le habían dejado a la familia Santacruz. Al principio la actitud de las familias recién llegadas fue correcta, comedida y algo displicente, pero en muy poco tiempo la insolencia, las voces desairadas, la falta de respeto, la envidia y el resentimiento por lo que tenía uno y le faltaba al otro se fueron apoderando de cada rincón de la casa. Los nuevos moradores utilizaban las cosas sin cuidado, se rompían y no se arreglaban. Nadie limpiaba ni recogía y en breve todo estaba sucio, deteriorado por la dejadez y el mal uso.

Los Santacruz se habían recluso en la habitación que había sido del matrimonio y en lo que fue el vestidor de Verónika, comunicadas ambas estancias por una puerta sin necesidad de salir al pasillo, lo que les daba una cierta sensación de intimidad. Además del matrimonio y sus hijos, vivían con ellos en aquel hacinamiento Olga Ivánovna, la madre de Verónika, y la niñera, Sveta Rudakova, una especie de *bábushka* dulce y

rechoncha que invitaba al cálido abrazo, que había renunciado hacía mucho a tener hijos propios para dedicarse a cuidar a los ajenos, y que vivía con el matrimonio desde el nacimiento de Yuri. Valka, el chófer de los Santacruz hasta que le arrebataron el Packard, se acomodó en lo que había sido la despensa. Junto con Sveta, fueron los únicos miembros del servicio que se mantuvieron leales a la familia, auxiliándolos en más de una ocasión frente a los saqueos y requisas que habían sufrido. No obstante, los Santacruz habían perdido casi todos los bienes que había en la casa: alfombras, cortinas, muebles, mantelerías, y la ropa, también la de los niños, una parte de la cual pudo conservar Sveta guardándola en un baúl con otros objetos valiosos, defendiendo ante los saqueadores que aquello era suyo y no le podían arrebatar lo que le pertenecía como prole-taria.

El gran salón de la casa había quedado convertido en el lugar de reunión del comité del barrio, y siempre había gente que entraba y salía armando jaleo, discutiendo, ya fuera de día o en plena madrugada. El piano fue una de las cosas que primero se llevaron; el dolor que sintió Verónika la había postrado en cama durante varios días, incapaz de resistir tanta tristeza. El baño era de uso comunal. Valka tuvo que arreglarlo varias veces y enseñar que el retrete no era un lugar al que arrojar todo tipo de basura, pero todo esfuerzo por utilizarlo correctamente se veía inútil. En muy poco tiempo el uso de la cocina se tornó impracticable para los Santacruz. Verónika se negó a utilizar aquella pocilga en la que habían convertido sus fogones, encimeras y fregadero.

La vida de lujos, comodidades y bienestar en la que habían vivido Miguel Santacruz y su familia se había esfumado por completo. Convertidos en enemigos del pueblo, tildados de burgueses altivos y egoístas, acusados y sentenciados como delincuentes por el solo hecho de pertenecer a una clase social, los Santacruz habían tenido que aprender a pasar desapercibi-

dos, a evitar cruzarse con aquellos que esparcían con saña el odio acumulado durante siglos. Habían perdido la oportunidad de abandonar Rusia y regresar a España junto con la mayoría de la plantilla cuando, en el verano de 1918, poco después de la ejecución del zar Nicolás II y la familia imperial Románov, la embajada cerró la legación. Verónika (presionada por su madre) se había negado a salir del que consideraba su país, abandonar todo lo que entendía que era su vida para emprender un viaje incierto atravesando una Europa aún en guerra, y con Sasha tan pequeño. La realidad de los meses siguientes aplastó como una losa aquella decisión, y Verónika se culpó cada día de haber dejado atrapados a sus hijos en aquel infierno, convertidos en parias en su propia casa.

El simple hecho de tener o haber tenido alguna propiedad o un comercio, por nimio que fuera, se convirtió en un lastre; al robo se le consideraba nacionalización, y lo que era peor, la barbarie, los asaltos, la delación, incluso el asesinato, se habían convertido en una forma de lucha obrera. Pusieron en libertad a los delincuentes comunes confinados en las cárceles, en la creencia de que si se delinquía era por el exceso de esa clase de privilegiados que los habían oprimido durante siglos; así que por las calles pululaban a su albedrío hordas de convictos de toda calaña, ladrones, asesinos, estafadores, violadores. La pasada magnificencia de la ciudad se había deteriorado como si la hubiera golpeado un huracán. Los edificios, antes señoriales como elegantes fortificaciones, se habían convertido en viejas tumbas abiertas. Las calles, antes limpias y relucientes, permanecían sucias, descuidadas, con tan poco tráfico que en ellas crecían arbustos. No había tiendas, ni teatros, ni restaurantes, ni siquiera fábricas. Todo había quedado clausurado, abandonado, una ciudad fantasma igual que un cementerio olvidado, habitada solo por cadáveres andantes, macilentos hombres, mujeres, niños, ancianos solitarios en busca de un mendrugo de pan o un trozo de madera con el que calentarse. No había

perros, ni gatos, ni pájaros, tan solo ratas y cucarachas sobrevivían; la escueta carne de los caballos muertos de inanición acabó convertida en tropezones de sopas y *goulash*. Todo lo susceptible de transformarse en leña había desaparecido: los árboles, las cercas, las puertas; si una casa era abandonada, en un par de noches se desmantelaban hasta los cimientos. La escasez deshacía la ciudad. La inseguridad se había apoderado de todo. El temor a salir, daba igual la hora que fuera, se había adueñado de la mayoría de quienes solo intentaban sobrevivir en un lugar en el que no había de nada, al menos para ellos. La gente pacífica quedaba al albur de no cruzarse con tipos que campaban a sus anchas sin control alguno y sin reconvencción por sus delitos, de tal manera que el regreso al hogar se celebraba como un acontecimiento. Como combustible, los Santacruz habían llegado a utilizar la madera de muebles, algunos muy valiosos, y libros, cuyas hojas en llamas dolían a Verónika igual que si estuviera viendo arder un ser vivo. El cabeza de familia, en compañía de Valka, se había escabullido varias veces a las afueras de la ciudad en busca de algo de leña, arriesgándose a que los detuvieran, porque tomar leña o cualquier producto sin permiso era un delito penado con años de prisión o incluso la muerte.

Todo a su alrededor se desmoronaba y Miguel Santacruz era testigo y víctima de la devastación que se estaba produciendo en su familia. Si no salían pronto de allí, San Petersburgo, la ciudad de las noches blancas, se convertiría en su tumba.

II

Era el primer día de enero de 1921. Hacía dos años que los Santacruz no celebraban la llegada del nuevo año. En reali-

dad, hacía tiempo que no celebraban nada, porque nada había que celebrar. La única ocupación de cada día era sobrevivir hasta el siguiente.

Verónica había dado aviso al médico porque el pequeño Sasha llevaba varios días con fiebre alta. Petia Smelov se presentó de inmediato. Amigo de Miguel Santacruz desde su llegada a San Petersburgo, Smelov era el médico de la familia: había asistido cada uno de los partos de Verónica, y había atendido y tratado todas las dolencias, enfermedades y complicaciones de los Santacruz, incluidos los miembros de servicio.

Smelov examinó al niño bajo la atenta mirada de la madre que, al pie de la cama, contestaba a las preguntas que le hacía el doctor.

Cuando terminó, se lavó las manos con el rostro serio.

—El niño tiene tifus, pero no se morirá de eso. Lo que va a matar a tu hijo es el hambre. Está muy débil. Alimentarse y quinina, eso es lo que necesita.

—Y de dónde saco comida y quinina —murmuró la madre con expresión impotente.

Petia la observó preocupado; estaba demasiado delgada, como si estuviera a punto de quebrarse, sostenida tan solo por la fortaleza innata en una madre de sacar adelante a sus hijos por encima de cualquier dificultad.

—¿Cómo van los permisos de salida del país?

—Miguel está haciendo todo lo posible. Ha llamado a todas las puertas, ha llegado a todos los despachos de todos los estamentos rusos y extranjeros, pero parece una tarea imposible. Cualquier avance supone un retroceso inmediato. Nadie le hace caso. Todo se eterniza. Es desesperante.

Su marido llevaba meses tratando de conseguir los salvoconductos de salida. En la embajada de Noruega, donde habían quedado amparados los intereses de los españoles, no le ponían ninguna pega en cuanto a él, diplomático y ciuda-

dano español, pero estaba resultando muy complicado conseguir la autorización para ella y sus cuatro hijos, todos rusos.

—Qué error no haber salido del país cuando tuvimos oportunidad. No me lo podré perdonar nunca...

—No te culpes, esta situación no se la esperaba nadie.

Los ojos de Verónika se ensombrecieron y le habló con expresión preocupada.

—Petia, dime cómo puedo conseguir quinina para Sasha. Tú tienes contactos.

—No me pidas eso, Verónika Olégovna. No puedo... No debo. Es demasiado peligroso.

—Te lo suplico, tienes que ayudarme, es mi hijo... Qué no va a hacer una madre por su hijo.

—De poco serviría exponerse a tanto. Y Miguel no me lo perdonaría nunca.

—Él no tiene que saber nada. Por favor, Petia, dime dónde puedo encontrar algo que pueda salvar la vida de mi pequeño. —Esperó unos instantes una respuesta, una reacción—. Si no me ayudas, saldré a la calle dispuesta a lo que sea por conseguir el contacto que tú me niegas... Sé muy bien cómo hacerlo.

—No —replicó Petia espantado—. No se te ocurra hacer ninguna locura.

—Pues ayúdame tú —insistió en voz muy baja pero pertinaz en su tono.

Durante varios segundos mantuvieron fijos los ojos el uno en el otro, el gesto valorativo él, suplicante ella, hasta que el médico eludió la mirada, cogió papel y pluma y escribió una dirección. Se lo tendió a regañadientes.

—Ve antes de las ocho, de lo contrario te arriesgas a que se hayan ido. Allí podrás encontrar alimentos frescos, verduras y leche, no sé si dispondrán de quinina.

Ella leyó la nota con avidez, y luego se la pegó al pecho.

—Gracias —balbuceó emocionada. Aquel trozo de papel era una brizna de esperanza.

—Nadie debe saber que te he dado el contacto, por lo que más quieras, Verónika. Me buscarías problemas.

—Confía en mí —respondió agradecida.

La miró con expresión contrita, disgustado de haber cedido.

—Cuando se entere Miguel, me va a arrancar la cabeza —murmuró al tiempo que negaba con un gesto—. No lles dinero, no vale de nada. ¿Os queda algo de valor? Oro, joyas, ropa, calzado, lo que sea...

Las nefastas consecuencias del comunismo de guerra implantado por el gobierno bolchevique desde el invierno de 1918, al que se añadió una de las más feroces sequías, habían provocado una gran hambruna en todo el país que mataba a millones de personas.

Verónika asintió.

El médico recogió sus cosas, se puso el abrigo. Miró a su alrededor, con gesto de desagrado.

—Intenta ventilar un poco la habitación. El aire aquí es irrespirable.

—Lo sé —dijo Verónika avergonzada—, pero el calor es un bien demasiado preciado para dejarlo escapar por la ventana.

El doctor esbozó una mueca de afligida conformidad.

La mujer lo acompañó por el pasillo de la casa hasta la puerta de lo que había sido su hogar.

—Ten mucho cuidado, Verónika, es muy peligroso, y si te descubren... Puede ser el final para ti y para tu hijo.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, ella estrujó el papel entre las manos como si le hubiera dado un arma letal.

—Petia, tengo que hacerlo. No puedo dejar morir a Sasha...

Regresó a la habitación con paso rápido, y al entrar se dio cuenta de la neblina caliente y espesa que los envolvía. Los

candiles que Valka había fabricado con botellas o botes llenos de sebo, para iluminarse cuando la luz eléctrica faltaba, saturaban el aire de un humo maloliente que irritaba las gargantas y los ojos y ennegrecía los techos, antes blancos como la nieve. Sintió una angustia que la ahogaba. Tenía que hacer algo, si se quedaban allí respirando aquel aire contaminado acabarían todos muertos.

Se fue a la única mesilla que les quedaba, sobre la que descansaban una jarra con agua, un vaso y una pequeña palangana en la que de vez en cuando la abuela sumergía un paño para colocarlo en la frente sudorosa del crío, tratando de controlar la fiebre. Abrió el cajón con cuidado de no sobresaltar al niño, hurgó en el fondo y sacó unos pendientes de oro. Mientras, su madre la observaba inquieta.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó alarmada Olga Ivánovna—. Son los pendientes de tu boda.

—Son unos simples pendientes, madre, ya no tienen otro valor que lo que pueda conseguir con ellos.

—Pero es lo único que nos queda. Tu marido los guarda para comprar los billetes de tren en cuanto tenga los salvoconductos.

—Tenemos que vivir al día; es posible que no nos permitan salir del país en meses, o que no nos lo permitan nunca... —Bajó los ojos para no derrumbarse. Tenía que mantenerse fuerte. Volvió a mirar a su madre con firmeza—. ¿De qué me sirven los billetes de tren si Sasha muere? Necesito estos pendientes ahora —insistió tajante.

Introdujo las joyas y la nota que le había dado el doctor dentro del sostén. Se calzó las botas, se puso el abrigo. Cuando fue a coger el chal se encontró con la mirada triste e incisiva de su hijo Yuri. Estaba delgado y muy pálido, el pelo enmarañado le caía por la frente. Su aspecto era una mezcla de los rasgos de niño que aún resistían y los de adolescente que ya afloraban. Aunque su piel era morena como la de su

padre, había heredado de ella sus mismos ojos grises, y la misma manera de ver el mundo, su sensibilidad, sus cualidades para la música, tantas posibilidades bruscamente interrumpidas cuando apenas habían empezado a manifestarse.

—Mi pequeño Yura. —Su madre era la única que lo llamaba así, y solo en ocasiones especiales como aquella, pues Miguel Santacruz odiaba esa costumbre tan habitual de los rusos de tratar todo y a todos con diminutivos—. Tengo que salir. ¿Cuidarás de tus hermanos y de la abuela?

—¿Y si no vuelves? —preguntó el chico inquieto.

Ella se acercó hasta él, se agachó un poco para mirar de frente sus ojos grises, y le habló con toda la firmeza de la que fue capaz.

—Volveré, ¿me oyes? Te prometo que volveré.

Le besó en la frente y justo entonces se oyó un disparo a lo lejos. Instintivamente, los tres dirigieron la mirada hacia la ventana. Era algo habitual, y más al caer la noche, cuando la ciudad se convertía en un lugar agresivo y lleno de peligros para los que se arriesgaban a transitar por sus calles.

—No lo hagas —suplicó Olga Ivánovna—. Por el amor de Dios, hija, no salgas.

Verónika se aproximó a su madre mientras se envolvía en el grueso chal.

—Cuida de Sasha, madre. Voy a conseguir quinina y algo de comer para que nuestro pequeño no se nos muera de hambre.

—Temo por ti.

La voz ahogada de la madre enterneció a Verónika.

—No me pasará nada —dijo dedicándole una sonrisa.

Cogió los guantes y se puso el gorro de piel de zorro ajustándose las orejeras. La madre reaccionó en un último intento de que no saliera.

—Espera al menos a que regrese tu marido.

—No puedo esperar, no hay tiempo.

Verónika salió y cerró la puerta. Olga Ivánovna se quedó

paralizada durante unos segundos, conteniendo las lágrimas de impotencia. Volvió junto al lecho donde agonizaba Sasha. Estaba tan delgado y pálido que apenas abultaba bajo el edredón.

En ese momento Kolia salió de la habitación contigua, y detrás de él apareció Katia, que corrió a los brazos de la abuela buscando refugio en su blando regazo.

Kolia se dirigió hacia su hermano.

—¿Dónde está *mámochka*?

Yuri no le dijo nada, solo lo abrazó mientras miraba a su abuela, intentando encontrar en su rostro alguna explicación a tanta miseria.

III

Verónika bajó las escaleras con prisa, tapándose la boca para no inhalar la tufarada a basura y orines que flotaba en el aire. Cuando llegó al portal se estremeció al encontrarse de frente con dos de los vecinos que desde hacía meses ocupaban las habitaciones del apartamento del segundo piso. El más alto de ellos se había erigido como comisario del comité de vecinos; el otro era su ayudante, siempre a su lado, su fiel esbirro para los trabajos sucios. Ellos distribuían entre los residentes los cupones necesarios para obtener la ración de pan, leche o para utilizar el tranvía. Había que darles toda clase de explicaciones de lo que entraba y salía del edificio, de quién subía y quién se iba, ellos eran la ley y la justicia, decidían quién debía vigilar el portal de posibles asaltos nocturnos, quién debía limpiar de nieve la entrada o acumular y guardar la leña que luego solo les llegaba a sus propias familias o a los que ellos decidían. Los vecinos estaban

al albur de sus órdenes, en general arbitrarias y abusivas, acatadas sin rechistar porque de ellos dependía la suerte de todos.

Verónika intentó esquivarlos, pero el comisario le cortó el paso.

—¿Adónde va la zarina a estas horas?

—Déjenme pasar, por favor. Tengo que ir a buscar algo de leche para mi hijo, el camarada médico me ha dicho que morirá si no come algo.

—Qué pena... —dijo con sorna mirando a su compañero.

A Verónika le dolía la falta de humanidad, no terminaba de acostumbrarse aun cuando aquella actitud fría y cruel era lo habitual desde hacía mucho tiempo.

—¿Y dónde están los cupones, ciudadana Olégovna?

Verónika palideció. Negó con la cabeza.

—Por favor... Se lo ruego, mi hijo se muere.

—Los cupones, o de aquí no sales —insistió el comisario con la mano extendida.

Desde la revolución, el tuteo se había impuesto en el trato, una forma más de humillar a los que lo habían poseído todo. No se respetaba ni la edad ni la condición; en general la autoridad había quedado en manos de mastuerzos como aquellos, identificados con una gorra azul y una estrella roja cosida en ella.

Ella siguió negando, bajó los ojos humillada.

—No tengo cupones. Pero podría conseguirlos mañana. Iré al comité médico, hablaré con el camarada jefe...

El comisario miró a su compañero con desdén y abombó el pecho.

—No me vale, ciudadana Olégovna; si no tienes cupones, no sales. Son las normas. Aquí no hay privilegios, para nadie, y mucho menos para los que habéis gozado de ellos durante siglos.

Verónika alzó la mirada entre la súplica y la desesperación.